

El feminismo de un hombre minúsculo

Las Margaritas. Historia de un hombre minúsculo

ANDRÉS MAURICIO MUÑOZ
Planeta, Bogotá, 2019, 218 pp.

LA NOVELA de Andrés Mauricio Muñoz es gallarda e inteligente. En tiempos de corrección política y de moralina mediática, de señalamientos infundados y prejuicios, no es fácil que un hombre decida interpelar un tema tan álgido y de tantos matices: el feminismo.

Imagino los reparos: que el hombre hablando de lo que debería hablar la mujer, que un machito reseñando la novela de otro machito (que además trata del feminismo), que en el arte, y particularmente en la literatura, ha predominado el patriarcado. Bueno, sí. Y excusas por ello. Pero es que hay atenuantes y aristas que deberían promover extensas discusiones.

De entrada, es complejo incentivar una discusión entre individuos presos de la obnubilación, la condescendencia y la irascibilidad que genera cualquier radicalismo. Quien permanece en este ignora que es dueño de una (sola) versión que se hace pasar por inequívoca. Por ende, y aunque de buena fe lo intente, carece de idoneidad para la controversia. El radical no está dispuesto a escuchar reparos y objeciones a sus convicciones. Así, aquello que lo pone en cuestión, y en consecuencia lo incomoda, le resulta esquivo.

En un ensayo sobre el pensamiento reaccionario, Emil Cioran decía algo que viene al caso: “Es estúpido imaginar que la verdad depende de la elección, cuando, en realidad, toda toma de posición equivale a un deprecio de la verdad” (*Ejercicios de admiración y otros textos*, 1995, p. 17).

Habitamos tiempos de narcisismo. El paradigma existencial del régimen actual lo promueve con sus múltiples dispositivos. Y por eso los ismos son cada vez más presentes. El narciso, como el radical, solo se ve y se escucha a sí mismo. O acaso oye y observa entre aquellos en quienes se representa, pues estos (re)afirman sus convicciones.

En suma: el radical no es competente para el debate.

Las Margaritas. Historia de un hombre minúsculo es un aporte literario a la controversia, desde afuera y desde adentro. Esto es, con personajes víctimas y verdugos, dueños e inconscientes de radicalismos que impiden la comprensión del otro en cuanto otro, de humano a humano, y no como una contraparte. (O peor aún: como enemigo.)

Es una novela que suscita preguntas, que genera incomodidades, que problematiza. El autor no hace concesiones con ninguno de sus personajes: ni con el feo y autocompasivo protagonista, Manuel Rosero, ni con la vehemente Valentina, ni con la escritora Samantha, ni con Roberto, el amigo que le sugiere a Rosero llevar su historia a la ficción.

Leyéndola recordé el reparo que Martha Nussbaum le hace al icónico libro de Judith Butler en “The Professor of Parody”. En breve: hay maneras de devenir hombre y mujer. Luego, hay formas de ser lo uno o lo otro. Es peligroso suponer que las maneras de devenir femenino y/o masculino, en un contexto y en unas condiciones, son las mismas. No lo son, ni podrían serlo. En ese sentido, valdría la pena formularse de qué (y de quién) hablamos cuando hablamos del género. ¿De la intelectual que desde su oficina propone teorías y fórmulas para erradicar el patriarcado, o de la inmigrante que trabaja en jornada doble para alimentar a su familia? ¿Del intelectual que desde su comodidad sugiere objeciones a esas teorías por carecer de atenuantes, o del vendedor ambulante que le huye a la policía? ¿De la mujer afroamericana, mestiza, blanca, indígena? ¿Del hombre que se siente representado en lo femenino? ¿Del hombre mestizo, mulato, blanco, indígena? ¿De la mujer que se siente representada en lo masculino? ¿De la mujer libre y sin óbices morales (ni sexuales), que disfruta la inmediatez del placer, o de la mujer decepcionada y cansada que siempre termina devastada en las relaciones sentimentales? ¿Del galán que destroza corazones, o del sujeto tímido y apocado por su incapacidad para lograr relaciones?

Andrés Mauricio Muñoz es consciente de estos conflictos. Los atiza, los contrasta, los despoja de la solemnidad y la abstracción del discurso para ponerlos en praxis. A todos nos atañen,

todos tenemos algo por decir. De la inconveniencia del machismo participamos todos los hombres modernos: por acción o por omisión, por acervo o por convicción. La pregunta es qué hacemos para erradicarlo de nuestra existencia, y cómo logramos un consenso que desvanezca las animadversiones.

El ejemplo que propone el autor es el de Manuel y Valentina, dos sujetos que han vivido juntos a pesar del abismo que los separa. El afecto que algún día tuvieron fenece en cuanto pasan los días: la marcha del tiempo acontece con constantes peleas y diferencias que resultan inconciliables. En realidad, Rosero no soporta el furor con el que su adorada Valen asume el movimiento feminista.

Un día cualquiera Manuel se entera de que su mujer le ha sido infiel. Naturalmente, la decepción y la tristeza son inmensas.

Valen, por Dios, Valentina, grité en el carro varias veces mientras conducía a casa, los ojos enjuagados en lágrimas, las manos atenazando el volante, comprendiendo por fin por qué se había resistido tantas veces a que se abriera paso en su barriga la proeza de la vida. (p. 19)

En una mente desesperada y autocompasiva –y en consecuencia pesimista–, la circunstancia desfavorable tiene la facultad para empeorar las cosas. En efecto, lo de Manuel se agrava hasta al paroxismo, pues ha tenido un trauma a lo largo de su vida con mujeres que lo han rechazado (esto por no hablar de la relación con su madre y su hermana, a quienes ha contemplado con inferioridad).

Sus deseos sentimentales y sexuales con el opuesto se han tenido que limitar a amistades (Roserito es el mejor amigo de las chicas), lo cual hace que se sienta mal por su ausencia de atributos físicos, y que haya acumulado un sibilino recelo por su objeto de deseo. Para colmo de males, su “adorada Valen” no quiso tener un hijo con él, pero en cambio abortó luego del devaneo con el galancito de barrio ante el que Rosero, de nuevo, se siente menos.

Los amantes son víctimas de una versión. Desde distintas posiciones, y con diferentes atenuantes, ambos son radicales. No se entienden. No se escuchan. Se atacan. Buscan en el relato

del otro las razones que alimenten su argumentación, no las que permitan entenderlo como existencia reflejada en perplejidad.

Dice Rosero:

Le indignaba demasiado lo que para mí era de lo más sensato, indignado también por el hecho de que este tipo de delitos fuera el único en el que se prescindía de la presunción de inocencia. En cualquier otro, le expliqué varias veces, como cuando acusas a alguien de robo, estafa e incluso asesinato, es el acusador quien debe entregarse a demostrar la culpabilidad de quien señala, de lo contrario puede recaer sobre él una denuncia por calumnia; pero cuando se trata de acoso sexual o violación, de inmediato recae sobre el acusado el repudio social y el linchamiento mediático, conminándolo a demostrar su inocencia, culpable hasta que logre demostrar lo contrario, remontando cuesta arriba, en dirección contraria a lo que sucede en todos los delitos. (p. 130)

Reflexiones como esta aparecen constantemente en la novela de Muñoz. Sin embargo, a uno como lector le resulta difícil tomar una posición, pues el personaje es justo y busca la equidad con el género masculino. Pero como se trata de un individuo que se llama a sí mismo minúsculo, lo que parece un razonamiento lúcido enflaquece. Se distorsiona por provenir de un revanchista. Lo mismo ocurre con Valentina: sus reclamos y pugnas son plausibles, pero se opacan al venir de alguien que no contempla una escala de grises.

Desde luego que con esto el escritor pretende enseñar que los humanos somos una especie con contrastes y maneras de discurrir que imposibilitan un señalamiento taxativo sobre su ser. Es decir que el comportamiento en alguien puede ser variadísimo. El bien y el mal, lo correcto o lo incorrecto, lo justo y lo injusto, lo sensato y la insensatez, pueden hacer parte de una misma persona. La pregunta es ante (y para) quién.

En definitiva, *Las Margaritas. Historia de un hombre minúsculo* es un entramado con meditado sentido, no solo por la elaboración de personajes conflictivos y con sutiles contradicciones. También por proponer una audaz urdimbre: una

que hace que la estructura del texto no se limite al contenido, sino que igualmente genere inquietudes por su composición.

La sobriedad de la prosa hace que el lector se invada rápido, que se formule las preguntas que el autor propone y otras que van surgiendo. Acaso una de ellas se relaciona con la proclividad de los amantes a la aversión y al rechazo total de su amado por malentendidos, o por falta de diálogo en puro y amplio alcance.

Digo los amantes, a propósito del libro. Pero en realidad somos los humanos de la posmodernidad, libres y tolerantes, pero presos de nuevas esclavitudes y moralistas ciegos.

Jaír Villano